



La Iglesia en el Japón

El Descubrimiento y la Compañía de Jesús

En 1542 los navegantes portugueses encuentran una vía hacia las islas del Japón. Portugal, de inmediato, se interesa por los ricos productos del país. Sus avanzadas coloniales, desde Malasia e India, buscan en seguida el intercambio. La Iglesia también se hace presente. No, por motivos comerciales.

San Francisco Javier, con dos compañeros jesuitas, navega en 1549 a la ciudad de Kagoxima, en la isla de Kyushu. En dos años establece cinco cristiandades con un grupo de dos mil personas.

Japón es, desde un comienzo, un campo de trabajo muy querido de los jesuitas. Durante 40 años, la Compañía de Jesús realiza sola el trabajo misional. Debido a ello la vida religiosa del Japón queda muy marcada por la espiritualidad de los Ejercicios de San Ignacio.

En 1579 el P. Alejandro Valignano S.J., visitador de las misiones de Oriente, se impresiona de la profunda fe de los japoneses. En las islas hay 54 jesuitas y 150.000 cristianos. La esperanza es grande. La Iglesia crece. Las vocaciones del país aumentan y la formación del clero está asegurada.

Dificultades en la evangelización

Cuando San Francisco Javier llega al Japón constata que un cambio político está a las puertas. El régimen central de gobierno es débil. El emperador se sostiene gracias al shogún, o jefe militar. Los daimyos, o señores feudales, son los importantes, pero pueden ser dominados. Con dificultades, la Iglesia avanza. Algunos daimyos se apoyan en los intereses comerciales de Portugal. Otros oponen resistencia, por su historia, cultura y religión tradicional.

Poco a poco, el cristianismo pone un pie firme en la isla de Kyushu y en el Japón central. Las conversiones de los daimyos Omura Sumitada, Otomo Sorin, Takayama Kami y su hijo Takayama Ukon favorecen el trabajo misional.

La persecución de Taicosama

En 1582 hay una revolución. El shogún Toyotomi Hideyoshi se apodera del gobierno imperial y se declara tutor del heredero. Es un hombre inteligente, con dotes de estratega. Impone el orden por la fuerza. En un comienzo Hideyoshi se manifiesta bien inclinado respecto al cristianismo. La paz llega sometiendo a los daimyos.

En 1587 Toyotomi Hideyoshi cambia repentinamente su actitud. Prohíbe la predicación de la fe cristiana y dispone la expulsión de los misioneros. No aduce razones. Parece ver en el influjo creciente del cristianismo un impedimento a sus pretensiones de poder total. Tal vez le inquietan las relaciones de los cristianos con los extranjeros. Es cierto, el decreto no se aplica en forma radical y la Iglesia, con cautela, continúa el trabajo misionero.

La Compañía de Jesús crece hasta 134 jesuitas y los fieles son más de doscientos mil.

Los comandantes de la armada y del ejército son cristianos.

En 1593 Hideyoshi cambia su nombre por el de Taicosama o “supremo señor”. Es orgulloso. En el mes de junio de 1593 recibe a un grupo de franciscanos, de las islas Filipinas. Vienen con el título de embajadores. Taicosama acepta sus cartas credenciales, pues el comercio con los españoles es un buen acicate. Los recién llegados se establecen en Osaka. Abren hospitales entre los leprosos y los pobres.

Una guerra con Corea, unida a catástrofes naturales aumenta la tensión de las autoridades. Los controles se acrecientan para con los misioneros extranjeros. La angustia de los cristianos crece.

En diciembre de 1596, un galeón español, el San Felipe, navegando desde Manila a Méjico encalla en el puerto de Urando. Trae 240 pasajeros, de los cuales 95 son españoles. Con ellos viajan 4 sacerdotes agustinos, dos franciscanos y un dominico. Conocido el naufragio y conforme a las costumbres japonesas, Taicosama hace requisar la carga. Le llaman poderosamente la atención las cartas de navegación, muy precisas respecto a muchos países de Asia. El capitán español, para librarse, acusa

a los misioneros de ser espías en el Asia y de suministrar ellos los datos necesarios. Portugal y España, dice, siempre se han apoyado en la religión cristiana para imponer después la fuerza y someter a los países.

Taicosama dicta entonces un nuevo decreto de persecución. Más duro que el de 1587. Exige el destierro de todos los misioneros extranjeros, bajo pena de muerte. Días después, con más calma, determina que el decreto solamente alcance a los misioneros recién llegados. Los extranjeros anteriores, venidos de Portugal y la India, han demostrado no ser espías. Serán, eso sí, vigilados.

En Nagasaki, la Compañía de Jesús se reúne a discernir. El P. Pedro Gómez, viceprovincial, con sus consejeros decide que no es posible abandonar a los cristianos. Dispersos, vestidos a la usanza japonesa, bien pueden continuar en la misión. En virtud de este segundo decreto Taicosama condena a 6 franciscanos y a 15 japoneses que les colaboran, a la muerte de cruz.

En los registros de la Residencia jesuita de Osaka detienen a tres japoneses de la Compañía de Jesús. Los inscriben en la lista de

condenados. También incluyen a otros dos japoneses, en el camino a Nagasaki.

Así el 5 de febrero de 1597 mueren en total 26 mártires.

Daifusama y la persecución final

La misión continúa, sin mayores tropiezos, hasta 1614. Ese año, el shogún sucesor, Ieyasu Daifusama, decide la extinción de la fe. En esta segunda persecución padecen el martirio numerosos misioneros y millares de cristianos japoneses. El ingreso de nuevos misioneros queda prohibido. La vida de la Iglesia comienza entonces a declinar.